

ADIOS A LAS LETRAS

Entre los anglosajones

Raymond Carr, historiador anglosajón, presentó hace unos días en Madrid la obra que ganó el último Premio Espejo de España de Historia, que concede la editorial Planeta.

Decía José Hierro que, antes, en este país, cuando se moría un español se mullaba el Universo. Se helaban los gritos de los andaluces, acababa el misterio socarrón de los gallegos.

Todo ha sido sustituido por los anglosajones. Ahora, desde hace algunos años, cuando resuelta un intelectual anglosajón se paraliza el universo hispano, porque de esa respiración puede surgir la explicación insuperable de lo que nos pasa.

Los españoles vamos al médico para cualquier cosa, desde las amígdalas al dolor corporal, pasando por el cáncer. Cuando los doctores son extranjeros, mejor aún, porque este país de xenóforos disfruta, sin embargo, con la curación en idiomas foráneos. Es curioso este Estado monárquico, de perspectiva democrática: conserva en lo hondo de su ser un chovinismo impenitente, que surge en los gradientes, pero que se oculta cuando es la ciencia nuestro campo de competición. Si a Severo Ochoa no le hubieran dado el Premio Nobel, otros científicos, preferentemente extranjeros, serían los ídolos de la ciencia española.

Los españoles también vamos a los médicos históricos. Los aboristas prefieren Londres para resolver sus necesidades fisiológicas perentorias, lo cual está muy bien, porque aquí, por muy buenos abortólogos que tengamos, no las dejarían someterse de manera relajada a la operación conveniente.

Los médicos históricos que preferimos los españoles son los anglosajones. Primero tuvimos a Hugh Thomas, que nos dijo de corrido, como un buen empujón del Foreign Office, lo que había sido nuestra guerra civil. "Hay que ver —decíamos nosotros— todo lo que sabe este inglés y qué poco sabemos nosotros de nuestras propias barbaridades". Luego tuvimos otros intérpretes hispanos de nuestra Historia, pero ninguno igualó al ilustre británico, quien además ahora nos da en fascículos su Historia ejemplar.

En la presentación del libro de Raymond Carr y de Juan Pablo Fusi (este último, un español que trabaja en Oxford, como Carr), Víctor Alba, finalista del Premio Espejo de España, dijo algo que ilustra este

apego que tenemos los españoles por la Historia que nos hacen los extranjeros. El señor Alba, autor de "El Partido Comunista de España", la obra finalista, desafió al PCE a que refutara su teoría, pero aclaró que no aceptaría tal remiendo si provenía de tuñones y bergamínes (sic). Es de suponer que el señor Alba aceptaría la rectificación si viniera de la mano limpiada de Raymond Carr, Hugh Thomas o de la del propio secretario general del Partido Comunista británico. Las opiniones, dichas con un poco de acento, son mucho más convincentes.

El libro de Carr y de Fusi se llama España, de la dictadura a la democracia. Fue muy oportuno su premio, porque coincidió con la etapa final de las recientes legislativas españolas. La televisión nuestra (la más ajena de nuestras televisiones), que había mantenido un silencio casi estricto sobre los temas políticos nacionales, aprovechó la presencia de Carr para que el historiador anglosajón apareciera en la pequeña pantalla: "¿Y qué le parece a usted todo lo bueno que Suárez ha hecho por este país?", le preguntó una locutora desabrida: "Ah, Suárez", vino a responder Raymond Carr, feliz de hallar pregunta tan perspicaz en momento tan oportuno. Pues, Suárez, dijo él, es una excepción a la regla, la elección eficaz para olvidar a Arias. Esas cosas tan eficaces que dicen los historiadores. Televisión Española le dio casi diez minutos de un telediarlo. Ya quisieran tuñones y bergamínes igual despliegue.

Oírían a Carr con deleite nuestros políticos, y nuestros banqueros. El Banco Urquijo fue el generoso donante del dinero que, en parte, ha mantenido el Centro de Estudios Ibéricos que Carr animó en Oxford. Tom Burgs, anglosajón trasplantado a España por la vía Marañón, se encargó de recordar este extremo y de decir que esturdó a Jovellanos y las Cortes de Cádiz en el acto de presentación del libro de Carr y de Fusi. Luego, Javier Tussell, ajeno a toda sospecha progresista, pondría a parir a los comunistas en la presentación del libro de Alba. Este último describió la sinuosidad: "El PCE ha destrozado a más comunistas que la Policía de Franco". No hay opción, parecía decir Alba, entre Conesa y Carrillo. Los anglosajones miraban complacidos hacia la perspectiva de su próxima verdad histórica. ■ SILVESTRE CODAC.

de la vida de Wilde una suerte de apólogo, de cuento moral —o in-moral— muy parecido a los que elaboraba el propio Oscar. Ha visto a Wilde como héroe de su propia historia, a la par que autor de su tragedia; una tragedia donde la homosexualidad hace papel de destino, al que Wilde se abandona en un frenesí cada vez mayor. "Festejos con panteras", llamaba Oscar a sus cenas con muchachos del hampa, en los lugares más selectos de Londres; y no sabemos si, al hablar de panteras, se refería a los muchachos o a los censores que le contemplaban, furiosos, y que acabaron destrozándole, enviándole a la cárcel.

Y tras la prisión viene el largo camino hacia la muerte. Camino sereno de un hombre que ha dejado atrás toda esperanza. Wilde murió en la cárcel, y se sobrevivió dos años. Villena ha sabido descubrir, en esta última etapa del poeta, su voluntad de muerte, su pereza de vivir. Murió de abstinencia y de hastío, más que de cualquier otra enfermedad.

Junto a todo esto, nos faltan las impresiones críticas y analíticas de la corta obra literaria de Wilde, que esmalta e ilustran el relato de su vida y que acaban de redondear un libro ilustrativo y ejemplar. Nos ha mostrado a Wilde en sus espejos y en sus máscaras; y, a través de sus posturas, nos ha explicado también al escritor y a su obra. ■ EDUARDO HARO IBARS.

El feminismo como liberación

El gran problema que tiene planteado el feminismo a lo largo de su historia es la falta de una ideología concreta, de una definición de lo que la mujer es, no de lo que no es y, por tanto, no como opuesto al hombre ni como elemento comparativo. Se estudia su sexualidad, su capacidad intelectual (para algunos aún sigue vigente el Concilio de Trento), su desarrollo cognoscitivo; pero, veladamente, aparece la comparación o el sometimiento al otro sexo. V. Abril y M. J. Miranda (1) consideran que es imposible delimitar la realidad femenina en tanto la mujer no reciba una educación a nivel familiar y escolar en la que no exista

(1) "La liberación posible", de M. Victoria Abril y M. Jesús Miranda. Editorial Akal.



Hugh Thomas.



Raymond Carr.